

CONAN

de Cimmeria 1



ROBERT E. HOWARD

minotauro

ROBERT E. HOWARD

CONAN
de Cimmeria 1

minotauro

Conan de Cimmeria 1
Robert E. Howard

Publicado originalmente como *Robert E. Howard's Complete Conan of Cimmeria*

© Conan Sales Co., L.L.C., 2002
Conan ® (including all prominent characters featured in this volume) and the distinctive likenesses thereof are trademarks of Conan Properties International LLC unless otherwise noted. All contents © Conan Properties International LLC (2004) unless otherwise noted. All rights reserved

Ilustración de cubierta: © Esteban Maroto
Color de ilustración de cubierta: Santi Casas
Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Ilustraciones de interior © Mark Schultz, 2002
Traducción: © Manuel Mata Álvarez-Santullano, 2021

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2005, 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1715-9
Depósito legal: B. 6.706-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

Índice

Prefacio, por Mark Schultz 13
Introducción, por Patrice Louinet 17

CONAN DE CIMMERIA

Cimmeria 27
El fénix en la espada 29
La hija del gigante del hielo 63
El dios del cuenco 77
La Torre del Elefante 105
La ciudadela escarlata 137
La reina de la Costa Negra 189
El coloso negro 229

MISCELÁNEA

El fénix en la espada (primera versión) 279
Notas sobre diversos pueblos de la Edad Hiboria 309
La Edad Hiboria 311
Sinopsis sin título 337
Sinopsis sin título (La ciudadela escarlata) 339
Sinopsis sin título (El coloso negro) 341
Nombres y países hiborios 343
Mapas de la Edad Hiboria 345

Agradecimientos 349

El fénix en la espada



«Sabe, oh, príncipe, que entre los años en que los océanos se tragaron Atlantis y las ciudades resplandecientes, y los de la aparición de los Hijos de Aryas, existió una era ignota en la que el mundo estaba cubierto de brillantes reinos como mantos azules bajo las estrellas. Nemedía, Ofir, Britbunia, Hiperbórea, Zamora, con sus mujeres de cabello negro y sus torres de misterios sembrados de arañas, Zingara y sus caballeros, Kotb en la frontera con las praderas de Sbem, Estigia y sus tumbas custodiadas por sombras, o Hirkania, con sus guerreros embutidos de acero y oro. Pero el reino más orgulloso del mundo era Aquilonia, que reinaba incontestable en el oeste sumido en sueños. Y fue allí donde llegó Conan, el cimmerico, de cabello negro y mirada hurraña, espada en mano, ladrón, saqueador, asesino, de gigantescas melancolías y gigantesca fuerza, para pisar con sus sandalias los tronos enjoyados de la tierra.»

Las crónicas nemedias

I

Entre sombríos chapiteles y brillantes torres se extendía la oscuridad espectral que precede al alba. En un callejón sombrío, enclavado en un auténtico laberinto de tortuosos caminos, salieron cuatro figuras enmascaradas desde

una puerta que había abierto furtivamente una mano oscura. Sin decir palabra, avanzaron con rapidez en la oscuridad, embozadas en sus capas; tan silenciosas como los fantasmas de hombres asesinados, desaparecieron en la oscuridad. Tras ellas, un semblante sardónico quedó enmarcado en el vano de la puerta entreabierta; un par de ojos crueles brillaron con malicia en la oscuridad.

—Salid, criaturas de la noche —dijo una voz burlona—. Ah, idiotas, la ruina os pisa los talones como un perro ciego, y ni siquiera lo sabéis.

El que había hablado cerró la puerta y echó el cerrojo antes de volverse y alejarse por un pasillo, vela en mano. Era un gigante de aspecto sombrío, cuya piel oscura delataba la sangre estigia que corría por sus venas. Llegó a una sala interior, en la que un hombre alto y enjuto, ataviado con ropa de terciopelo gastado, descansaba como un enorme y perezoso gato sobre un sillón de seda mientras bebía vino a sorbitos de un copón dorado.

—Bueno, Ascalante —dijo el estigio mientras dejaba la vela—, esos canallas tuyos han salido a las calles como salen las ratas de sus madriguas. Trabajas con herramientas extrañas.

—¿Herramientas? —replicó Ascalante—. Así es como me ven ellos a mí. Durante meses, desde que los cuatro conspiradores me hicieron venir desde el desierto del sur, he vivido en el corazón mismo de mis enemigos, ocultándome de día en esta casa siniestra y merodeando de noche por callejuelas oscuras y pasillos aún más oscuros. Y he conseguido lo que no han logrado esos nobles conspiradores. Trabajando con ellos y con otros agentes, muchos de los cuales no me han visto aún la cara, he sembrado la semilla de la sedición y el malestar por todo el reino. En pocas palabras, trabajando desde las sombras, he allanado el camino a la caída del rey que se sienta en el trono a la luz del sol. Pues, por Mitra, fui estadista antes que forajido.

—¿Y esos embaucadores que se creen tus amos?

—Seguirán creyendo que estoy a sus órdenes hasta que se cumpla nuestra misión. ¿Quiénes son ellos para medir su astucia con la de Ascalante? Volmana, el conde enano de Karaban; Gromel, el gigantesco comandante de la Legión Negra; Dion, el rollizo barón de Attalus; Rinaldo, el bardo con cerebro de chorlito. Yo soy la fuerza que ha templado el acero

y endurecido la arcilla que cada uno lleva dentro, y los aplastaré cuando llegue el momento. Pero aún no. Esta noche es el rey quien debe morir.

—Hace días vi partir los escuadrones imperiales de la ciudad —dijo el estigio.

—Marchaban a la frontera que atacan los pictos paganos... gracias al potente licor que les he hecho llegar de contrabando para enloquecerlos. La gran riqueza de Dion lo hizo posible. Y Volmana se ha encargado del resto de las tropas imperiales que quedaban en la ciudad. Con la ayuda de su principesca parentela en Nemedía, no ha sido difícil convencer al rey Numa de que solicitara la presencia del conde Trocero de Poitain, senescal de Aquilonia; y, claro está, como corresponde a su condición, irá acompañado por un escuadrón imperial, así como por sus propias tropas y por Próspero, mano derecha del rey Conan. Con lo que en la ciudad no queda más que la guardia personal del rey, además de la Legión Negra. Con la ayuda de Gromel, he conseguido corromper a un disoluto oficial de esa guardia y lo he sobornado para que deje desguarnecida la puerta del dormitorio del rey a medianoche.

»En ese momento, junto con dieciséis canallas sanguinarios que me sirven, entraremos en el palacio por una puerta secreta. Y una vez cumplida nuestra misión, aunque no se levante el pueblo a nuestro favor, nos bastará con la Legión Negra de Gromel para mantener el control de la ciudad y apoderarnos de la corona.

—¿Y Dion cree que se la entregaremos?

—Sí. Ese rollizo imbécil está convencido de ello por el vestigio de sangre real que corre por sus venas. Conan ha cometido un craso error al dejar con vida a los descendientes de la antigua dinastía a la que le arrebató la corona de Aquilonia.

»Volmana desea recuperar la posición de privilegio de la que disfrutaba bajo el antiguo régimen para poder sacar de la miseria sus tierras y devolverles su antigua grandeza. Gromel detesta a Pallantides, comandante de los Dragones Negros, y desea el mando del ejército entero con toda la tenacidad que únicamente poseen los bosonios como él. De todos nosotros, sólo Rinaldo carece de ambiciones personales. Ve a Conan como un arribista indigno, un tosco bárbaro que llegó desde el norte para saquear una tierra civilizada. Idealiza al rey al que mató para arrebatarse la

corona, del que recuerda sólo que patrocinaba las artes de vez en cuando. Ha olvidado los desmanes de su reinado y está logrando que el pueblo los olvide también. Ya cantan abiertamente *El lamento del rey*, un poema en el que Rinaldo alaba las supuestas virtudes de ese canalla y tilda a Conan de «salvaje de corazón negro llegado desde el abismo». Conan se ríe, pero el pueblo murmura.

—¿Y por qué odia a Conan?

—Los poetas siempre odian a quienes ostentan el poder. Para ellos, la perfección siempre está cerca, aunque nunca lo suficiente. Buscan refugio frente al presente en sueños del pasado y el futuro. Por las venas de Rinaldo su sangre es como una llameante antorcha de idealismo que se alza, cree él, para derribar a un tirano y liberar al pueblo. En cuanto a mí... Bueno, hasta hace pocos meses no tenía más ambiciones que dedicarme a atacar caravanas el resto de mi vida. Ahora han renacido viejos sueños. Conan morirá. Dion ascenderá al trono. Luego, también él perderá la vida. Uno por uno, lo harán todos los que se opongan a mí; bien por el fuego, bien por el acero o bien por esos vinos mortíferos que tan bien se te da elaborar. ¡Ascalante, rey de Aquilonia! ¿Qué tal suena?

El estigio encogió sus anchos hombros.

—Hubo un tiempo —dijo sin molestarse en disimular su amargura— en el que también yo tenía mis propias ambiciones, y al lado de aquéllas, las tuyas se me antojan banales y pueriles. ¡Qué bajo he caído! Ay, con qué desdén me mirarían mis antiguos compañeros y rivales si pudieran ver a Thoth-amón, el del anillo mezclándose en las mezquinas ambiciones de barones y reyes, y convertido en esclavo de un extranjero. Y un forajido, nada menos.

—Depositaste tu confianza en la magia y otros embustes —respondió Ascalante sin el menor tacto—. Yo sólo me fío de mi ingenio y mi espada.

—El ingenio y las espadas nada valen contra la sabiduría de las tinieblas —repuso el estigio con voz sorda y un parpadeo de luz amenazante en los ojos negros—. De no haber perdido mi anillo, te aseguro que la situación en la que estamos sería bien distinta.

—Aun así —respondió el forajido con tono de impaciencia—, llevas las marcas de mi látigo en la espalda, y seguirás llevándolas mucho tiempo.

—¡No estés tan seguro! —repuso el estigio mientras, por un instante, todo el diabólico odio que sentía se manifestaba en sus ojos como un centelleo rojizo—. Algún día, no sé cómo, recuperaré mi anillo, y entonces, por los colmillos de la serpiente de Set, pagarás por...

El aquilonio, furioso, se puso en pie de un salto y le propinó un fuerte golpe en la boca. Thoth retrocedió con los labios ensangrentados.

—No seas insolente, perro —dijo Ascalante con voz amenazante—. No olvides que sigo siendo tu amo y señor, y conozco tu oscuro secreto. Súbete a los tejados y grita que Ascalante está en la ciudad, conspirando contra su rey... si te atreves.

—No me atrevo —murmuró el estigio mientras se limpiaba la sangre de los labios.

—No, claro que no —dijo el otro con una sonrisa siniestra—. Porque si llego a morir por alguna traición o engaño tuyos, la noticia llegará a oídos de cierto sacerdote ermitaño de los desiertos del sur, quien romperá el sello de un manuscrito que le confié. Y, una vez que lo haya leído, la noticia llegará sigilosamente a Estigia, y un viento llegará reptando desde el sur a medianoche. ¿Dónde esconderás la cabeza entonces, Thoth-amón?

El esclavo se estremeció de pies a cabeza mientras su rostro moreno se tornaba ceniciento.

—¡Ya está bien! —exclamó Ascalante con un cambio de tono repentino—. Tengo trabajo para ti. No me fío de Dion. Le he pedido que se marche a sus tierras y se quede allí hasta que el trabajo de esta noche esté concluido. Ese gordo estúpido no sería capaz de disimular su nerviosismo delante del rey. Ve tras él, y si no lo alcanzas en los caminos sigue hasta sus tierras y quédate allí a su lado hasta que mandemos a buscarlo. No lo pierdas de vista. Está paralizado por el miedo y podría hacer una tontería. Incluso es capaz de acudir a Conan en un momento de pánico y revelarle la conspiración entera con la esperanza de salvar el pellejo. ¡Ve!

El esclavo, ocultando el odio en su mirada, se inclinó e hizo lo que se le ordenaba. Ascalante continuó bebiendo mientras, sobre las torres enjoradas de la ciudad, comenzaba a levantarse un amanecer carmesí como la sangre.



II

Cuando era soldado, los grandes tambores batían,
 Polvo de oro a los pies de mi caballo arrojaban;
 Pero ahora que soy rey, todos me siguen la pista.
 Echan veneno en mi copa y apuntan dagas a mi espalda.

El camino de los reyes

La sala era muy amplia y estaba decorada con hermosos tapices sobre los paneles de madera que cubrían las paredes, gruesas alfombras encima de los suelos de marfil y techos forrados de intrincadas tallas y tracerías de plata. Al otro lado de una mesa de marfil con incrustaciones de oro se sentaba un hombre cuyos anchos hombros y piel morena parecían fuera de lugar en aquel lujoso entorno y parecían pertenecer más bien al sol, los vientos y las montañas. Hasta el más pequeño de sus movimientos revelaba la existencia de una musculatura de acero conectada a una mente penetrante y dotada de la coordinación de un hombre nacido para la lucha. No había nada parsimonioso o medido en sus movimientos. O estaba completamente quieto, tan inmóvil como una estatua, o se encontraba en movimiento, pero no con la espasmódica rapidez de una

tensión nerviosa, sino con una celeridad felina que desafiaba a la vista que intentaba seguirlo.

Vestía ropas de rico paño pero factura sencilla. No llevaba anillos ni otros ornamentos, y se sujetaba la melena negra y pulcramente recortada con una simple cinta de tela plateada.

Dejó el punzón dorado con el que había estado escribiendo laboriosamente sobre un papiro encerado, apoyó la barbilla en el puño y, con expresión de envidia, clavó los penetrantes ojos azules en el hombre que tenía delante. Éste se encontraba en aquel momento ocupado con sus propios asuntos, jugueteando con los lazos de su dorada armadura mientras silbaba con aire distraído; un comportamiento bastante extraño teniendo en cuenta que se encontraba en presencia de un rey.

—Próspero —dijo el hombre de la mesa—, los asuntos de Estado me fatigan más que todas mis batallas juntas.

—Todo forma parte del juego, Conan —respondió el poitanio de ojos negros—. Eres el rey y debes actuar como tal.

—Ojalá pudiera acompañarte a Nemedía —dijo el rey con envidia—. Hace una eternidad que no siento un caballo entre las piernas. Pero Publio dice que los asuntos de la ciudad requieren mi presencia. ¡Maldito sea!

»Cuando derroqué a la antigua dinastía —continuó con la familiaridad que sólo se permitía en presencia del poitanio—, todo era más fácil, por muy amargo y duro que me pareciese en su momento. Después de todo este tiempo, al recordar el camino que he recorrido, aquellos días de penurias, intrigas, matanza y tribulaciones se me antojan un sueño.

»Debí soñar más allá, Próspero. Cuando el rey Numedides cayó muerto a mis pies y le arranqué la corona de la cabeza ensangrentada para ponérmela en la mía, pensé que había llegado a la última frontera de mis sueños. Me había preparado para apoderarme de la corona, no para conservarla. En aquellos días de libertad, lo único que quería era una espada afilada y un camino recto hasta mis enemigos. Ahora ya no quedan caminos rectos, y la espada no me sirve de nada.

»Cuando derroqué a Numedides, me llamaron «el Liberador». Ahora escupen a mi sombra. Han levantado una estatua de ese cerdo en el templo de Mitra, y la gente acude a ella y le presenta sus respetos como si fuera la sagrada efigie de un santo abatido por un bárbaro de manos enrojecidas.

Cuando llevaba los ejércitos de Aquilonia a la victoria como mercenario, ignoraban el hecho de que fuera extranjero, pero ahora no me lo perdonan.

»En estos tiempos, acuden al templo de Mitra para quemar incienso en recuerdo de Numedides hombres mutilados y cegados por sus verdugos, cuyos hijos murieron en sus mazmorras y cuyas esposas e hijas fueron arrastradas a sus serrallos. ¡Qué idiotas tan volubles!

—El culpable es Rinaldo —respondió Próspero mientras se subía un centímetro la hebilla del cinturón—. Sus canciones hacen enloquecer a los hombres. Cuélgalo con traje de bufón de la torre más alta de la ciudad. Que escriba sus versos para los buitres.

Conan sacudió su cabeza de león.

—No, Próspero, no puedo tocarlo. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Sus canciones son más poderosas que mi cetro, pues casi me arranca el corazón del pecho cuando decidió cantar para mí. Cuando muera, yo caeré en el olvido, pero las canciones de Rinaldo vivirán para siempre.

»No —continuó el rey, con los ojos nublados por una sombra de duda—. Aquí hay algo oculto, algún suceso en marcha del que no estoy enterado. Lo noto igual que, cuando era joven, podía notar la presencia de un tigre oculto entre la hierba alta. Un malestar sin nombre recorre el reino. Soy como un cazador que se acurruca junto a una pequeña fogata en el bosque mientras oye unas pisadas sigilosas en la oscuridad y cree vislumbrar el destello de unos ojos relampagueantes. Si pudiera encontrar algo tangible ¡podría acometerlo con la espada! Te digo que no es casualidad que, últimamente, los pictos hayan atacado las fronteras con tanta brutalidad que los bosonios han tenido que pedirnos ayuda para repelerlos. Tendría que haber marchado a la cabeza de las tropas.

—Publio temía que fuera un complot para atraparte y matarte al otro lado de la frontera —repuso Próspero mientras se alisaba el sobreveste de seda que cubría la resplandeciente cota de malla y admiraba su figura alta y esbelta en un espejo de plata—. Por eso insistió en que te quedaras en la ciudad. Esas dudas nacen de tus instintos de bárbaro. ¡Que el pueblo murmure cuanto quiera! Los mercenarios están a nuestras órdenes, así como los Dragones Negros, y todos los rufianes de Poitain se dejarían matar por ti. El único peligro es que te asesinen, y eso es imposible mientras

los hombres de la guardia imperial te protejan día y noche. ¿Qué es eso en lo que estás trabajando?

—Un mapa —respondió Conan con orgullo—. Los de la corte representan bien los países del sur, el este y el oeste, pero los del norte son imprecisos y están plagados de errores. Así que estoy añadiendo yo mismo los países de esta región. Aquí está Cimmeria, donde nací, y...

—Asgard y Vanaheim —dijo Próspero al tiempo que examinaba el mapa—. Por Mitra, yo creía que eran territorios de leyenda.

Conan esbozó una sonrisa salvaje mientras, en un gesto involuntario, se tocaba las cicatrices que surcaban su rostro moreno.

—¡No dirías eso si hubieras pasado la juventud en la frontera septentrional de Cimmeria! Asgard se encuentra al norte, y Vanaheim al noroeste de mi tierra, y reina un estado de guerra permanente en esas fronteras.

—¿Cómo son esos hombres del norte? —preguntó Próspero.

—Altos, de piel clara y de ojos azules. Veneran a Ymir, el gigante del hielo, y cada tribu cuenta con su propio rey. Son impredecibles y feroces. Se dedican a luchar todo el día y a beber y cantar a pleno pulmón toda la noche.

—O sea, que son como tú —dijo Próspero con una carcajada—. También ríes, bebes y cantas sin contenerte; aunque no conozco ningún otro cimmerio que beba otra cosa que agua o que ría y cante otra cosa que lúgubres cantos fúnebres.

—Será cosa de la tierra en la que viven —respondió el rey—. No ha existido otra más sombría. Está cubierta de colinas y densos bosques bajo unos cielos teñidos de gris, y por sus valles sombríos resuena día y noche el lúgubre gimoteo de unos vientos implacables.

—Siendo así, no me extraña que engendre hombres melancólicos —repuso Próspero con un encogimiento de hombros, mientras pensaba en las hermosas llanuras bañadas por el sol y los ríos azules y perezosos de Poitain, la provincia más meridional de Aquilonia.

—No tienen esperanza en este mundo ni en el siguiente —respondió Conan—. Sus dioses son los de la sombría raza de Crom, que gobierna un reino sin sol, perpetuamente cubierto de niebla, donde moran los muertos. ¡Por Mitra! Me gustaba más la forma de ser de los aesires.

—Bueno —respondió Próspero con una sonrisa—, las sombrías colinas de Cimmeria han quedado muy lejos para ti. Y ahora tengo que marcharme. Me tomaré una copa de vino blanco de Nemedía a tu salud en la corte de Numa.

—Bien —respondió el rey con un gruñido—, pero a las bailarinas de Numa bésalas sólo en tu propio nombre. ¡No queremos problemas diplomáticos!

Sus vigorosas carcajadas siguieron a Próspero mientras salía de la estancia.



III

Bajo las pirámides cavernosas duerme acurrucado el gran Set;
 Entre las sombras de las tumbas acecha su oscuro pueblo.
 Pronuncio estas palabras desde los abismos ocultos a los que nunca llega el sol.
 ¡Envíame un servidor para mi odio, oh, tú, escamoso y resplandeciente!

La puesta de sol cubría de una efímera tonalidad dorada el verde brumoso del bosque. Sus rayos resplandecían sobre la gruesa cadena de oro que Dion de Attalus retorció sin parar entre sus manos rollizas, sentado sobre el llameante despliegue de flores y retoños de árbol que conformaba su

jardín. Removió el cuerpo orondo en el asiento de mármol mientras lanzaba una mirada furtiva en derredor, como si buscara un enemigo al acecho. Estaba sentado en el centro de un círculo de árboles finos, cuyas copas entrelazadas proyectaban una densa sombra sobre él. A poca distancia resonaba el argentino tintineo de una fuente que, sumada a otras muchas, en distintos rincones del gran jardín, hilvanaban una sinfonía perpetua.

Dion sólo estaba acompañado por una figura alta y sombría que había tomado asiento en un banco de mármol a poca distancia y observaba al barón con ojos profundos y siniestros. El noble no prestaba demasiada atención a Thoth-amón. Sabía que era un esclavo en el que Ascalante confiaba, pero como les pasa a muchas personas acaudaladas, apenas se paraba a pensar en los hombres de condición inferior a la suya.

—No hay razón para que estéis tan nervioso —dijo Thoth—. El plan no puede fallar.

—Ascalante puede cometer errores, lo mismo que cualquiera —repuso Dion, mientras rompía a sudar ante la mera idea del fracaso.

—Él no —dijo el estigio con una sonrisa salvaje—. De lo contrario, yo no sería su esclavo sino su amo.

—¿De qué hablas? —respondió Dion malhumorado, poco atento a la conversación.

Thoth-amón entornó los ojos. A pesar del férreo autocontrol del que hacía gala, se sentía a punto de estallar por culpa de la vergüenza, el odio y la rabia que había acumulado durante tanto tiempo en su interior y estaba listo para intentar cualquier cosa, por desesperada que fuese. Pero no se daba cuenta de que Dion no lo veía como un ser humano, dotado de cerebro e ingenio, sino como un simple esclavo, una criatura demasiado insignificante como para prestarle atención.

—Escuchadme —dijo el estigio—. Seréis rey. Pero no sabéis cómo funciona la mente de Ascalante. Cuando muera Conan, no podréis fiaros de él. Yo puedo ayudaros. Y si me protegéis una vez que subáis al poder, lo haré.

»Escuchadme, mi señor. Yo era un gran hechicero en el sur. Los hombres hablaban de Thoth-amón como lo hacen de Rammon. El rey Ctesphon de Estigia me distinguió con los máximos honores y me elevó por encima de otros magos que ocupaban los puestos más elevados en su

corte. Me detestaban, pero también me temían, pues controlaba criaturas del más allá que acudían a mi llamada para cumplir mi voluntad. ¡Por Set, mis enemigos no sabían a qué hora de la noche podían despertar bruscamente al sentir en el cuello las afiladas garras de un horror sin nombre! Controlaba una terrible magia negra con el Anillo Serpiente de Set, que encontré en una sombría tumba a una legua de profundidad, olvidada antes de que el primer humano saliera arrastrándose del mar cenagoso.

»Pero un ladrón me robó el anillo, y con él, el poder. Los magos intentaron matarme y tuve que huir. Viajaba en una caravana por las tierras de Koth, disfrazado de camellero, cuando cayeron sobre nosotros los bandidos de Ascalante. Todos los integrantes que formaban la caravana murieron, salvo yo, que sólo salvé la vida porque le revelé mi identidad a Ascalante y juré servirlo. ¡Cuán amargo ha resultado ser ese juramento!

»Para tenerme a su merced, escribió cuanto sabía sobre mí en un pergamino, lo selló y lo dejó en manos de cierto ermitaño que mora en la frontera meridional de Koth. No me atrevo a clavarle una daga mientras duerme ni a traicionarlo con sus enemigos, porque, si lo hiciera, el ermitaño, siguiendo las instrucciones de Ascalante, abriría el manuscrito y lo leería. Y entonces enviaría un mensaje a Estigia...

Thoth volvió a estremecerse mientras su piel morena adoptaba una tonalidad cenicienta.

—En Aquilonia no me conocen —continuó—. Pero si mis enemigos de Estigia descubrieran mi paradero, ni toda la distancia del mundo me protegería de un destino tan terrible que haría estallar en pedazos el alma de una estatua de bronce. Sólo un rey con castillos y huestes de soldados podría protegerme. Por eso os he confiado mi secreto y os suplico que hagamos un pacto. Puedo ayudaros con mi sabiduría y vos podéis protegerme. Y algún día, cuando encuentre mi anillo...

—¿Anillo? ¿Anillo?

Thoth había subestimado el desbordante egoísmo del otro. Dion estaba tan enfrascado en sus propios pensamientos que no había prestado la menor atención a las palabras del esclavo, pero la última de ellas provocó una onda en la plácida superficie de sus ensoñaciones.

—¿Anillo? —repitió—. Eso me recuerda... mi anillo de la buena suerte. Me lo dio un ladrón shemita que aseguraba habérselo robado a

un mago en el lejano sur. Decía que me traería suerte. Mitra sabe que le pagué muy bien por él. Por los dioses, mientras Volmana y Ascalante sigan arrastrándome a sus malditas conspiraciones, me hace mucha falta. ¿Dónde lo he dejado?...

Thoth se levantó de un salto, con el rostro congestionado por la sangre y los ojos inflamados con la aturdida furia de un hombre que repara de pronto en el alcance completo de la estupidez porcina de un completo necio. Dion no le había prestado la menor atención. Levantó una tapa secreta del asiento de mármol y rebuscó durante unos instantes en un revoltijo de baratijas de distintas clases: abalorios bárbaros, pedazos de huesos, piezas de bisutería barata, amuletos de la suerte y otros amuletos que su naturaleza supersticiosa lo había llevado a coleccionar.

—¡Ah, aquí está! —exclamó con tono triunfante mientras levantaba un anillo de curiosa factura.

Era de un metal parecido al cobre y tenía la forma de una serpiente escamosa enroscada tres veces sobre sí misma, con la boca en un extremo y la punta de la cola en el otro. Los ojos de la criatura eran sendas gemas amarillas que despedían destellos siniestros. Thoth-amón gritó como si acabara de recibir un golpe, y Dion se volvió para mirarlo con el rostro lívido de pronto. El esclavo echaba chispas por los ojos y lo miraba boquiabierto mientras extendía hacia él las enormes manos morenas como si fueran sendas garras.

—¡El anillo! ¡Por Set! ¡El anillo! —chilló—. Mi anillo... El que me robaron...

Un destello de acero apareció en la mano del estigio y, con un movimiento veloz de sus grandes hombros morenos, hundió un cuchillo en el cuerpo rollizo del barón. El agudo grito de Dion dio paso a un gorgoteo estrangulado, y su cuerpo flácido se desplomó entero como si estuviera hecho de mantequilla fundida.

Necio hasta el fin, abandonó este mundo embargado por un ciego terror, sin comprender la razón de su muerte. Tras apartar el cadáver caído, ajeno ya a su misma existencia, Thoth, con una luz de terrible avidez en la mirada, agarró el anillo con ambas manos.

—¡Mi anillo! —susurró, dominado por una terrible exultación—. ¡Mi poder!

Cuánto tiempo pasó inclinado sobre el funesto objeto, inmóvil como una estatua, absorbiendo su malvada aura en el interior de su alma siniestra, ni siquiera el propio estigio habría podido decirlo. Cuando logró salir de aquel estado de inconsciencia y arrancar su mente de los abismos sombríos por los que había estado vagando, la luna había salido ya y proyectaba alargadas sombras sobre el suave mármol del asiento, a cuyos pies se extendía la forma aún más oscura del que fuese señor de Attalus.

—¡Se acabó, Ascalante, se acabó! —susurró el estigio mientras sus ojos despedían un fulgor rojizo en la oscuridad, como si fueran los de un vampiro.

Se inclinó, recogió con la mano una parte de la sangre en proceso de coagulación de su víctima y embadurnó con ella los ojos de la serpiente hasta que los destellos amarillentos quedaron cubiertos por una película de color carmesí.

—Cierra los ojos, serpiente mística —canturreó con un susurro escalofriante—. Cierra los ojos a la luz de la luna y ábrelos a otros abismos más negros. ¿Qué ves, serpiente de Set? ¿A quién llamas desde los abismos de la noche? ¿Qué sombra cubre la luz crepuscular? ¡Llámalo para mí, serpiente de Set!

Mientras acariciaba las escamas con un curioso movimiento circular de los dedos que siempre volvían a su punto inicial, su voz se fue tornando más grave y comenzó a susurrar nombres siniestros y terribles encantamientos, olvidados en todo el mundo salvo en los lúgubres confines de la sombría Estigia, donde se agitan formas monstruosas a la sombra de las tumbas.

Algo se movió en el aire sobre él, una especie de trepidación como la que se forma en el agua cuando una criatura asciende a la superficie. Un viento gélido y sin nombre sopló sobre él durante un instante, como llegado desde una puerta abierta de pronto. Thoth sintió una presencia a su espalda, pero no se volvió para mirar. Mantuvo los ojos clavados en la zona del mármol que iluminaba la luz de la luna, cubierta ahora por una tenue sombra. Mientras él seguía susurrando sus encantamientos, la sombra fue aumentando y cobrando mayor claridad hasta volverse del todo visible y espantosa. El contorno no era muy distinto al de un babuino gigantesco, pero ningún babuino como aquél había pisado nunca la faz de

la tierra, ni siquiera en Estigia. Thoth, todavía sin mirarla, se sacó del cinturón una sandalia de su amo que siempre llevaba consigo con la vana esperanza de que podría utilizarla algún día como estaba ahora haciendo, y la arrojó hacia atrás.

—¡Huélela bien, esclavo del anillo! —exclamó—. ¡Encuentra a quien la ha llevado y destrúyelo! Míralo a los ojos y fulmina su alma antes de destrozarle la garganta! ¡Mátalo! Sí. —Y, en un arrebató de furia ciega, añadió— ¡Y a todos los que estén con él!

Sobre el muro iluminado por los rayos de la luna, Thoth vio que el monstruo inclinaba su cabeza deforme y husmeaba el aire como una especie de sabueso espantoso. Entonces, tras levantar de nuevo la cabeza, la criatura se revolvió y desapareció como una bocanada de viento entre los árboles. El estigio levantó los brazos en gesto de enloquecida exultación, y tanto sus ojos como su dentadura resplandecieron en la oscuridad.

Un soldado que montaba guardia en las murallas lanzó una exclamación de sorpresa y espanto al ver que una enorme figura encorvada y de ojos llameantes se encaramaba al parapeto y pasaba como una flecha a su lado, sin levantar la más pequeña brisa. Pero desapareció tan deprisa que el aturdido guerrero tuvo que preguntarse si no habría sido un sueño o una alucinación.



IV

Cuando el mundo era joven y los hombres débiles y los demonios de la noche caminaban libremente,
Yo luché contra Set utilizando el fuego, el acero y el zumo de los árboles upa.
Ahora que duermo en el negro corazón de la montaña y el tiempo se ha cobrado su tributo,
¿Habéis olvidado a quien luchó con la Serpiente para salvar el alma de los hombres?

A solas en el gran aposento, bajo una gran cúpula dorada, el rey Conan dormía intranquilo y soñaba. Más allá de unas neblinas grises arremolinadas oyó una curiosa llamada, tenue y lejana, y, aunque no pudo entenderla, era incapaz de ignorarla. Espada en mano, atravesó la neblina como un hombre que caminara entre las nubes, y la voz se fue volviendo más clara a medida que avanzaba: era su propio nombre el que pronunciaba desde más allá de los abismos del tiempo o el espacio.

Las neblinas comenzaron a levantarse, y Conan vio que se encontraba en un pasillo grande y oscuro que parecía tallado en una piedra negra y sólida. No había luz alguna, pero, merced a alguna magia extraña, los ojos del cimmerico veían con toda claridad. El suelo, los techos y las

paredes estaban tan pulidos que despedían un apagado brillo, y sobre su superficie podían verse las figuras talladas de héroes de antaño y dioses medio olvidados. Conan se estremeció al contemplar los contornos vastos y sombríos de los Primigenios sin nombre y comprendió de algún modo que hacía siglos que ningún pie mortal hollaba aquel pasillo.

Llegó hasta una amplia escalera tallada en la roca, los bordes de cuyo hueco estaban adornados por unos símbolos esotéricos tan antiguos y espantosos que el rey sintió que se le ponía la carne de gallina. Cada uno de los peldaños estaba decorado con la aborrecible figura tallada de la Antigua Serpiente, Set, de modo que cada vez que subía uno de ellos plantaba el talón sobre la cabeza de la criatura. Y aunque Conan comprendió que ése era precisamente el propósito de sus constructores, no se sintió menos inquieto por ello.

Pero la voz seguía llamándolo, y al fin, en medio de una oscuridad que habría sido impenetrable para sus ojos materiales, el cimmerico llegó a una extraña cripta y se encontró frente a una figura de contorno impreciso y barba blanca sentada sobre una tumba. Al verla, Conan sintió que se le ponían los pelos de punta y agarró con fuerza la espada, pero entonces la figura rompió el silencio con voz sepulcral:

—Ah, hombre, ¿me conoces?

—¡No, por Crom! —respondió el rey.

—Hombre —dijo la figura—. Soy Epemitreus.

—¡Pero si Epemitreus el Sabio lleva quince siglos muerto! —balbuceó Conan.

—¡Escucha! —respondió el otro con tono autoritario—. Al igual que un guijarro arrojado a un lago en la oscuridad levanta ondas que se propagan hasta las orillas más lejanas, ciertos sucesos del Mundo Invisible han roto, como rompen las olas, contra las orillas de mi sueño. Te he marcado a conciencia, Conan de Cimmeria, y el sello de importantes sucesos y grandes hazañas está sobre ti. Pero se han desatado maldiciones sobre la tierra contra las que tu espada no podrá ayudarte.

—Hablas con acertijos —dijo Conan con tono intranquilo—. Déjame ver a mi enemigo y le abriré el cráneo en canal.

—Desata toda tu furia bárbara contra tus enemigos de carne y hueso —respondió el ancestro—. No es de los hombres de quien debo

protegerte. Hay mundos oscuros cuya existencia el hombre ni siquiera sospecha y en los que acechan monstruos informes, demonios a los que se puede atraer desde el vacío exterior para que adopten forma corpórea y desgarran y devoren a las órdenes de magos malvados. Debes saber, oh rey, que hay una serpiente en tu casa, una víbora llegada a tu reino desde Estigia con todo el siniestro saber de las tinieblas en su alma turbia. Como el hombre dormido sueña con la serpiente que reptaba cerca de él, yo he percibido la impía presencia del neófito de Set. Está embriagado por un poder terrible y los golpes que asesta a su enemigo podrían derribar el reino entero. Te he convocado para ofrecerte un arma contra él y su manada de sabuesos demoníacos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Conan perplejo—. Los hombres dicen que duermes en el negro corazón del Golamira, desde donde envías tu fantasma con alas invisibles para ayudar a Aquilonia en tiempos de necesidad...; pero yo soy un extranjero y un bárbaro.

—¡Bobadas! —repuso la voz fantasmal con un vigor que reverberó con fuerza por toda la caverna sombría—. Tu destino está unido al de Aquilonia. En las entrañas del Destino están cobrando forma sucesos trascendentales, y un hechicero enloquecido por la sed de sangre no se interpondrá en el camino de un destino imperial. En otras eras del mundo, Set estaba enroscado alrededor del mismo como una pitón sobre su presa. Durante toda mi vida, tan dilatada como las vidas de tres personas normales, luché contra él. Lo obligué a refugiarse en las sombras del sur misterioso, pero en la siniestra Estigia hay hombres que aún veneran al que para nosotros es un archidemonio. Mi lucha contra Set también lo es contra sus adoradores, devotos y acólitos.

»—Extiende la espada —ordenó entonces.

Intrigado, Conan lo hizo, y en la gran hoja, cerca de la gruesa guarda de plata, el ancestro dibujó con un dedo huesudo un símbolo extraño que resplandeció como un fuego blanco en la oscuridad. Y en ese instante, la cripta, la tumba y el ancestro desaparecieron, y Conan, estupefacto, se levantó de un salto desde el diván del gran aposento de techo abovedado donde dormía. Mientras estaba allí de pie, confundido por el extraño sueño que acababa de tener, se dio cuenta de que tenía la espada en la mano. Y entonces sintió que se le ponían todos los pelos de punta, porque en la

ancha hoja se podía ver un símbolo grabado: el contorno de un fénix. Al recordar que en la tumba había visto una figura muy similar tallada en la piedra, se preguntó si de verdad estaría hecha de piedra, y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza.

En aquel instante, un ruido furtivo procedente del pasillo llamó su atención, y, sin pararse a investigar, comenzó a ponerse la armadura. Volvía a ser el bárbaro, alerta y receloso como un lobo gris acorralado.



V

¿Qué sé yo sobre la civilización, el oropel, el artificio y la mentira?
Yo, que nací en una tierra desnuda y me crie bajo el cielo despejado.
La lengua sutil y la argucia del sofisma enmudecen cuando cantan las espadas;
Venid y morid, perros: yo fui hombre antes de ser rey.

El camino de los reyes

En medio del silencio que cubría como una mortaja el pasillo del palacio real, avanzaba una veintena de figuras furtivas. Sus pies sigilosos, descalzos o cubiertos de blando cuero, no hacían el menor ruido sobre las gruesas alfombras o las baldosas de mármol. Las antorchas de los nichos de los pasillos se reflejaban con destellos rojizos en las hojas de los puñales, las espadas y las mortíferas hachas.